

TERMINA LA CIUDAD DE MÉXICO, PRINCIPIA DURANGO: APROPIACIONES DEL ESPACIO E IDENTIDAD COLECTIVA EN LA CASA DEL ESTUDIANTE DURANGUENSE (1952-2002)

*“Termina la Ciudad de México, principia Durango”:
appropriations of space and collective identity in the
House of Duranguenses Students (1952-2002)*

Misael Armando Martínez Ranero¹

Recibido: 30/10/2020

Aceptado: 27/07/2021

Resumen: En el presente texto se propone analizar la Casa del Estudiante Duranguense (CED) de la Ciudad de México como un espacio en el que las prácticas cotidianas, las interacciones y los perfiles identitarios de sus inquilinos configuraron su esencia. Es decir, más allá de las características físicas y de la ubicación geográfica del inmueble, lo que aquí interesa es la manera en que sus habitantes lo percibieron, lo significaron y lo resignificaron, apropiándose del lugar —metafóricamente hablando— y dotándolo de sentido. De tal modo, en la Casa confluyeron los anhelos, las aspiraciones, las carencias y el horizonte de sentido de una juventud duranguense que bien podría ser el reflejo de la sociedad mexicana en un contexto

¹ Maestro en historia por el Instituto Mora. Universidad Nacional Autónoma de México. Correo electrónico. misael_ranero@hotmail.com. Parte importante de este artículo se desprende de mi tesis de maestría “Una expectativa, distintas experiencias: el caso de los habitantes de la Casa del Estudiante Duranguense en la Ciudad de México (1952-2002)”, tesis de maestría en Historia Moderna y Contemporánea, México, Instituto Mora, 2018.

determinado; pero que, al mismo tiempo, es una muestra de la transposición de las costumbres y tradiciones que posibilitaron construir un “pedazo de Durango” en la capital del país. Serán las experiencias de algunos ex habitantes de la CED las que permitirán explicar ese proceso *desde adentro*.

Palabras clave: apropiación del espacio; identidad colectiva; transposición de costumbres; prácticas cotidianas.

Abstract: In this article we analyze the House of Duranguenses Students (HDS) in Mexico City as a space in which the daily practices, interactions and identity profiles of its tenants shaped its essence. Beyond the physical characteristics and the geographical location of the property, we are interested in the way in which its inhabitants perceived it, signified it and re-signified it, appropriating the place —metaphorically speaking— and giving it meaning. In this way, the yearnings, aspirations, shortcomings and the horizon of meaning of Durango’s youth converged in the House that could well be the reflection of Mexican society in a given context. At the same time, is a sample of the transposition of customs and traditions that made it possible to build a “piece of Durango” in Mexico City. The experiences of some former inhabitants of the CED allow us to explain this process *from within*.

Key words: appropriation of space, collective identity, transposition of customs, daily practices.

INTRODUCCIÓN

En la década de 1940 México entró en un periodo de crecimiento económico sin precedentes. Se apostó por la industrialización como motor de desarrollo y la urbanización ocupó un lugar prioritario dentro de la agenda nacional. La modernización de la economía estuvo acompañada por la creciente demanda de profesionistas y por el ensanchamiento del aparato

burocrático.² Esto propició que un segmento de la juventud se dirigiera hacia las ciudades con mejor infraestructura educativa, principalmente a las capitales estatales y al entonces Distrito Federal. De tal suerte que, dentro de ese contexto, la profesionalización se convirtió en una vía de movilidad social ascendente.³ Para aquellos que habitaban en el interior de la república y pertenecían a las clases bajas de la sociedad existió una alternativa que, en la mayoría de los casos, estuvo subsidiada por el Estado y les permitió la consecución de una carrera: las Casas de Estudiantes de Provincia (CEP). De acuerdo con las cifras oficiales, entre 1950 y 1980 llegaron a existir 263 CEP en la Ciudad de México. No obstante, en febrero de 1978 se estipuló el cierre de las Casas a cambio del otorgamiento de becas individuales. Una a una fueron desapareciendo hasta quedar tan sólo seis en la actualidad.⁴

Este artículo se centra en la Casa del Estudiante Duranguense (CED), inmueble fundado en 1952 con la finalidad de recibir estudiantes de bajos recursos que quisieran continuar con su formación académica a nivel superior fuera de su entidad. En este texto se explora la posibilidad de “construir una microrregión” a partir de algunos preceptos de la historia sociocultural; asumiendo que, a diferencia del enfoque geográfico donde un río, un lago o una montaña dotan de identidad a la comunidad, aquí fueron los moradores quienes con sus dinámicas de interacción le dieron una esencia a la Casa.

² Véase Roger HANSEN, *La política del desarrollo mexicano* (México: Siglo XXI, 2004).

³ Para una discusión sobre la movilidad social ascendente como categoría de análisis y su aplicación en los estudios históricos véase Brígida VON MENTZ, “Introducción”, en *Movilidad social de sectores medios en México. Una perspectiva histórica (siglos XVII al XX)* coordinado por Brígida VON MENTZ (México: CIESAS-Miguel Ángel Porrúa, 2003), 7-47.

⁴ S/a, “Existen aún en el DF Casas de Estudiantes”, *El Informador*, Guadalajara, 11 de diciembre de 1978, p. 18-B. Las casas de Baja California, Campeche, Colima, Durango, Guerrero y Puebla son las que continúan funcionando actualmente.

En efecto, los habitantes de la CED hicieron del predio localizado en la cerrada de la tercera de Cedro número 10 una extensión de su estado.⁵ Se apropiaron del espacio, metafóricamente hablando, y mediante la transposición de sus costumbres y tradiciones reprodujeron su ser duranguense en el Distrito Federal. Así, la propuesta de este estudio es abordar la Casa del Estudiante Duranguense como un constructor social y no como cuatro paredes y un techo que, si bien fueron fundamentales para las aspiraciones de muchos, nos alejaría de una lectura más integral del fenómeno en cuestión. Siguiendo a Yi-Fu Tuan, Elvira Kuri Pineda introduce el concepto de *topofilia*, el cual, de acuerdo con la línea de la geografía humana, remite a la parte emocional de los individuos en torno a un espacio material percibido, apropiado, habitado, significado y resignificado.⁶ Lo interesante es que, así como un lugar puede dotar de identidad y regular las prácticas cotidianas, la vida cotidiana y la identidad pueden configurar el lugar, en un ida y vuelta que ayudará a explicar la existencia de “un pedazo de Durango” en la capital del país.

A partir de lo anterior y con base en los testimonios de distintos informantes, un total de once entrevistados que pasaron por la CED entre 1952 y 2002, puede sostenerse que la Casa, como espacio material, marcó en buena medida las pautas para la convivencia y las actividades del día a día. Empero, de manera aún más terminante, la conducta de los inquilinos dejó huellas en el inmueble. Fue reflejo de los tiempos, termómetro de las relaciones con los gobiernos estatal y federal, indicador de los vínculos con la sociedad, en suma, la Casa fue testigo y artífice de las expectativas de distintas generaciones de duranguense que apostaron por la profesionalización como vía de ascenso socioeconómico. Asumiendo que:

⁵ Colonia Santa María la Ribera, alcaldía Cuauhtémoc, Ciudad de México.

⁶ Elvira KURI PINEDA, “Representaciones y significados en la relación espacio-sociedad: una reflexión teórica”, *Sociológica*, 78 (2013), 90.

En la historia, evidentemente, ser parte de una generación no significa única y primordialmente compartir una misma edad, sino un modo de estar en el mundo. En este sentido, lo que define y diferencia a una generación de otra está determinado por un horizonte de sentido que conforma este compartir un mundo.⁷

Para los de jóvenes provincianos que habitaron la CED en la segunda mitad del siglo XX, ese “horizonte de sentido” apuntaba hacia el desarrollo profesional y personal que se gestaba en las instituciones de educación superior de la Ciudad de México. En el año de 1952, en un documento localizado en el Archivo Histórico de la Secretaría de Salud (AHSS), se recopilan una serie de datos que fueron empleados para la planificación de los servicios sociales que se otorgarían a los estudiantes:

Se estima en el Distrito Federal: 40 mil alumnos universitarios y técnicos, 5% con prestación asistencial. 60% o más vienen de provincia, de los cuales: 75% sólo cubre necesidades básicas o no, 15% satisfactorias condiciones y 10% holgadas. La SSA ayudó así: Comedores Universitarios, Pentatlón (2), en Escuelas (2), Instituto Politécnico Nacional, Becas, Comedores Estudiantiles (2) y Casa del Estudiante Tabasqueño.⁸

De acuerdo con las cifras, para el año en que inicia este estudio, cerca de 18 mil estudiantes que procedían del interior de la república sólo cubrían sus necesidades básicas y algunos de ellos no contaban siquiera con lo más elemental. Sin embargo, existió un proyecto en común que hizo de las CEP un abrevadero de las juventudes, *espacios de experiencias* del que partirían

⁷ Pilar GILARDI, “La reconfiguración del tiempo en la narración historiográfica según Paul Ricoeur”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 41 (2011), 108. Cabe mencionar que la perspectiva generacional es considerada como uno de los fundamentos para pensar el tiempo reciente.

⁸ Archivo Histórico de la Secretaría de Salud (AHSS), SSA, Serie Sub A, caja 34, exp. 1, “Puntos preliminares para una planificación general de los servicios sociales que reciben los estudiantes”, México, 1952, s. f.

rumbo a su *horizonte de expectativa* siguiendo una ruta que concibió la formación académica como una escala obligada para el ascenso social.⁹

EL DURANGO QUE LOS VIO PARTIR Y LA CASA QUE LES PERMITIÓ ESTUDIAR

Las décadas que enmarcan el llamado “milagro mexicano” (1940-1970) evidenciaron la línea centralizadora que concentró las oportunidades educativas y laborales en unas cuantas ciudades del territorio nacional. De acuerdo con los datos oficiales, la diversidad académica en la Ciudad de México era notablemente superior a lo que se ofertaba en el interior de la república. Según los imaginarios colectivos, la calidad de la enseñanza en instituciones como la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y el Instituto Politécnico Nacional (IPN) también estaban por encima de sus pares de la provincia.

En términos numéricos, el anuario estadístico de la Asociación Nacional de Universidades e Institutos de Enseñanza Superior (ANUIES), fundada en 1950, muestra la disparidad existente entre la población estudiantil del Distrito Federal respecto al resto de los estados. Para el periodo que comprende de 1950 a 1980, más de la mitad del total de alumnos inscritos en alguna institución de educación superior se localizaba en la capital del país: el 68.3% en 1950, el 67.6% en 1960, el 52.7% en

⁹ Reinhart Koselleck utiliza “espacio de experiencia” y “horizonte de expectativa” como metáforas que ayudan a precisar ambas categorías. Para el autor, “la experiencia procedente del pasado es espacial, porque está reunida formando una totalidad en la que están simultáneamente presentes muchos estratos de tiempos anteriores, sin dar referencias de su antes o su después”. Mientras que horizonte, “quiere decir aquella línea tras la cual se abre en el futuro un nuevo espacio de experiencia, aunque aún no se puede contemplar”. Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, (Barcelona, Paidós, 1993), 339-340.

1970 y el 29.8% para 1980.¹⁰ Esos datos, incluso con la marcada disminución del porcentaje durante los años ochenta, evidencian la centralización que imperaba y que era extensiva hacia las entidades. Es decir, la Ciudad de México era a los estados lo que las capitales estatales a los municipios. Como prueba de lo anterior, para 1970 el 40.3% de los alumnos que cursaban el nivel superior lo hacían en las capitales de los estados y tan sólo el 7% se instruía en el resto de las municipalidades.¹¹ Esta proporción refleja el acaparamiento de los espacios formativos en las capitalidades y que explica la existencia de casas de estudiantes en algunas ciudades que contaban con universidad, como Morelia, Guadalajara y Culiacán. Hacia 1980, parte de la preeminencia ostentada por el Distrito Federal se disipó en la provincia, donde se matriculó prácticamente el 70% de la población escolar de licenciatura universitaria y tecnológica (48.1% en las capitales y 22.1% en el interior de los estados).

A pesar del cambio paulatino en la distribución estudiantil y de la presencia de universidades públicas en todas las entidades del país —a excepción de Quintana Roo, que la erigió hasta 1991—, los lugares para el alumnado en la provincia seguían siendo insuficientes y la diversidad curricular era notablemente restringida en relación con los estados más desarrollados en materia educativa. De ese modo, así como había universidades que ofertaban más de quince carreras, había otras que estaban limitadas a las opciones tradicionales como Medicina, Derecho, Contaduría y Enfermería.¹²

En ese contexto la vocación era un lujo que muchos debieron ignorar. Estudiar lo que se podía o estudiar lo que se quería fue una disyuntiva marcada por el nivel socioeconómico de los

¹⁰ Herculano RÍOS FERRUSCA, “La desconcentración de la educación superior en cifras”, *Revista de la Educación Superior*, 120, (2001), 6.

¹¹ *Ibíd.*, 11. Los Institutos Tecnológicos Regionales (IT) y las Normales Rurales eran las principales opciones educativas fuera de las capitales.

¹² Véase Jaime CASTREJÓN DÍEZ; Marisol PÉREZ LIZAU, *Historia de las universidades estatales* (México: Secretaría de Educación Pública, 1976).

aspirantes que se extendió por distintas latitudes y que, aunque menguó con el tiempo, no ha desaparecido por completo. En el caso concreto de Durango, los datos presentados por Jaime Castrejón y Marisol Pérez señalan que para 1973 la Universidad Juárez de Durango contaba con las carreras de Contador Público, Licenciado en Derecho, Médico Cirujano, Médico Veterinario Zootecnista y Enfermera General. Oferta formativa que, en comparación con el resto de los estados, se encontraba por debajo de la media.¹³

Ese vacío institucional no remitía únicamente a los aspectos académicos cuantitativos. Aun con la posibilidad de continuar estudiando en su lugar de origen, las condiciones cualitativas de la educación superior en el estado de Durango condujeron a un importante número de jóvenes de distintas generaciones y de diversas regiones a la Ciudad de México. Resulta complicado determinar en qué medida el prestigio de las instituciones, la calidad de la enseñanza, la afinidad y las recomendaciones influyeron para que los estudiantes provincianos optaran por salir de sus hogares y eligieran una escuela y una carrera en lugar de otras, pero todos esos son factores que deben tomarse en cuenta como parte de su decisión.

Desde entonces y hasta la fecha, los jóvenes duranguenses continúan saliendo de sus comunidades para acceder a los espacios formativos de mayor reconocimiento. Los testimonios muestran que la movilidad geográfica fue producto de los anhelos, pero también de la imposibilidad. Los que vivían en las localidades de menor infraestructura tuvieron que trasladarse diariamente para concluir su educación primaria, dentro de una dinámica que indicaba que: a mayor grado de estudios,

¹³ *Ibíd.*, 223. Mientras que en Durango se ofrecían cinco carreras, en ese mismo año el número promedio de opciones por estado era de siete; si bien parece no estar tan lejos de la media, la diferencia en relación con los estados más desarrollados en materia educativa era notoria.

mayor distancia entre la escuela y su hogar.¹⁴ En el texto inédito elaborado por Leonardo Saucedo Bonilla, considerado como uno de los fundadores de la Casa del Estudiante Duranguense (CED), se narran las eventualidades que él y sus compañeros vivieron para lograr su cometido:

La primera mitad del siglo XX llegó a sus postrimerías y en el mes de julio egresó del Instituto Tecnológico de Durango la primera generación de alumnos que terminaron la Vocacional de Ciencias Físico-Matemáticas; para continuar sus estudios profesionales era necesario trasladarse a la Ciudad de México, capital de la república.¹⁵

La situación económica precaria de este grupo de individuos los condujo a gestionar ayuda monetaria con los distintos niveles de gobierno. El primer obstáculo que debieron enfrentar era el gasto que implicaba el traslado del norte hacia el centro del país, para lo cual decidieron entrevistarse con el entonces gobernador del estado de Durango, Enrique Torres Sánchez, quien tras las negociaciones puso a su disposición el autobús Flecha Roja en el que partieron días después, un 2 de enero de 1951.¹⁶

Una vez en la ciudad, los problemas distaron mucho de estar resueltos. La intención de esos muchachos era instalarse en el internado que en aquellos años ofrecía el IPN, reservado para estudiantes provincianos de escasos recursos. Ubicado en el Casco de Santo Tomás, el internado consistía en una serie de barracas a un costado del estadio “Salvador Camino Díaz” que, para el infortunio de los duranguenses, se encontraba al límite de su capacidad y no pudo albergarlos. Tal inconveniente

¹⁴ Una exposición más amplia sobre este tema y los distintos testimonios de los informantes se encuentra en MARTÍNEZ RANERO, “Una expectativa, distintas experiencias”, 78-86.

¹⁵ Leonardo SAUCEDO BONILLA, *La Casa del Estudiante Duranguense en la Ciudad de México*, (México: Manuscrito inédito, 2014), 1.

¹⁶ *Ibíd.*, 3-6.

ocasionó momentos de suma premura y, según relata Saucedo Bonilla, llegaron a cobrar incluso la vida de uno de sus compañeros por las condiciones deplorables que afrontaban; las inclemencias del clima y la inadecuada o nula alimentación constituyeron los principales desafíos y riesgos.¹⁷ Alojados en habitaciones improvisadas bajo las gradas del estadio mencionado, refiere Saucedo, debieron soportar el frío extremo del invierno y el calor agobiante del verano.

Mientras que, para atenuar ligeramente la carencia de comida, las *gaviotas* servían el desayuno a las *iguanas* entre las seis y las siete de la mañana a cambio de poder consumir los alimentos sobrantes, ello antes de asistir a clases sin la certeza de probar otro bocado durante el resto del día.¹⁸ En ese contexto se planteó la fundación de la CED como una medida esperanzadora y, teniendo como referente la existencia de las Casas de Chihuahua y de Tabasco, tres *iguanas* y cuatro *gaviotas* integraron una comisión encargada de promover dicha empresa.¹⁹

Nuevamente se dirigieron con el gobernador del estado, Enrique Torres Sánchez, quien al término de la entrevista que sostuvieron se comprometió a construir la Casa del Estudiante Duranguense en la Ciudad de México como uno de los objetivos de su gobierno. Esta reunión ocurrió en febrero de 1951 y, debido a que la habilitación de la Casa se programó para el año de 1952, los jóvenes que aún no claudicaban emplearon el lapso para solicitar otro tipo de aportaciones y para buscar

¹⁷ No se especifican las causas del deceso de Jesús Flores, nombre del compañero finado. Además, el mismo Leonardo Saucedo cuenta que estuvo a punto de fallecer por inanición en diciembre de 1951 y requirió ser llevado de emergencia a la Cruz Roja. *Ibíd.*, 10.

¹⁸ De acuerdo con Leonardo Saucedo, a los internos del IPN se les denominaba *iguanas*, mientras que aquellos que permanecían a la espera de un lugar para ingresar en el internado eran conocidos como *gaviotas*.

¹⁹ La comisión estuvo conformada por: Miguel Ángel Gámiz, Jesús López, Antonio Ríos Jaques, Héctor Colorado Díaz, Ramiro Jiménez Morales, Jaime Escarzaba Chávez y Leonardo Sucedo Bonilla. SAUCEDO BONILLA, *La Casa del Estudiante Duranguense*, 10.

el predio en que se alojarían.²⁰ Gracias al contacto de Leonardo Saucedo con Ricardo Isaac Ahumada, subdirector del diario *El Sol de Durango*, se consiguió la donación de 50 armarios para la futura CED provenientes de los talleres de carpintería de la Penitenciaría del estado. Asimismo, el subsecretario de Educación, Aarón Merino Fernández, al conocer el propósito de la comisión accedió a donar 50 equipos para camas. Por su parte, el subdirector del IPN, el ingeniero Eugenio Méndez Docurro, obsequió 100 camas, con lo cual quedó cubierto el mobiliario básico para la Casa.

De manera fortuita, ya en 1952, el titular del ejecutivo duranguense se encontraba en la capital de la república por cuestiones políticas. Los estudiantes aprovecharon la ocasión para presentarle el contrato de arrendamiento de un inmueble localizado en la cerrada de la tercera de Cedro número 10, colonia Santa María la Ribera. Con la firma del gobernador no sólo se cumplió su promesa, sino que se materializó el anhelo de aquella juventud el 23 de junio de 1952. Enrique Torres comisionó a Abel Dávila, representante del estado de Durango en la Ciudad de México, para que se encargara de pagar la renta y de gestionar raciones alimenticias con la ahora extinta Secretaría de Salubridad y Asistencia (SSA).²¹ Fue en 1953, durante el mandato de Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958), cuando se concedieron cien raciones alimenticias diarias para los inquilinos de la

²⁰ Aunque duranguense y duranguense son sinónimos, llama la atención que desde su fundación en 1952 y hasta mediados de los años setenta, se conocía como la Casa del Estudiante Duranguense, así lo constatan los documentos de la época. Fue hasta el periodo de Héctor Mayagoitia como gobernador del estado (1973-1979), cuando comenzó a llamársele la Casa del Estudiante Duranguense; según sugiere Enrique Arrieta Silva, por preferencia personal de Mayagoitia se sobrepuso duranguense a duranguense y así prevalece hasta nuestros días. Véase Enrique ARRIETA SILVA, "Instantáneas duranguenses", *El Siglo de Durango* (10 de abril de 2005).

²¹ SAUCEDO BONILLA, *La Casa del Estudiante Duranguense*, 16. Vale la pena apuntar que desde entonces y hasta la actualidad, con sus respectivas vicisitudes, la Representación del Estado de Durango en la Ciudad de México es el vínculo entre los habitantes de la CED y el gobierno estatal.

CED. De este modo, el gobierno estatal a través de su representación en la capital se encargaba de costear el alquiler del lugar, la SSA proporcionaba insumos y pagaba dos cocineras que preparaban comida para los moradores y a los habitantes les correspondía contribuir con una cuota de 25 pesos mensuales para cubrir el resto de los gastos corrientes.²²

“¿Si esa Casa existe, pues sí se hace!”²³

APROPIACIONES DEL ESPACIO: LA CERRADA DE LA TERCERA DE CEDRO NÚMERO 10

Ubicada en la cerrada de la tercera de Cedro número 10, la Casa del Estudiante Duranguense abre sus puertas con la leyenda: “Termina la Ciudad de México, principia Durango”. El edificio, ahora pintado de azul con blanco, durante mucho tiempo estuvo decorado con los colores guinda y blanco, representativos del IPN. Se trata de una casona, probablemente erigida en los albores del siglo XX, con una arquitectura característica de la naciente Santa María la Ribera. A saber, amplias habitaciones con techos elevados, largos sótanos y un patio incrustado a la mitad del predio.

Más allá de las continuidades, en sus casi 70 años de existencia la CED ha sufrido modificaciones físicas, la mayoría de ellas producto del deterioro natural. Asimismo, el comportamiento de los residentes con sus respectivas implicaciones fue cambiante y los reglamentos y normas de convivencia no siempre se cumplieron a cabalidad.²⁴ En ese sentido, aunque la Casa res-

²² SAUCEDO BONILLA, *La Casa del Estudiante Duranguense*, 19.

²³ Ese fue el comentario de Francisco Ortiz Navarro ante la posibilidad de estudiar una carrera en la Ciudad de México hace 25 años. Tamayo, José Luis. Entrevista realizada por Misael Martínez Ranero, el 20 de junio de 2017 en Durango, Durango, México.

²⁴ En total eran ocho los documentos que debían presentar los interesados ante la comisión: copia del acta de nacimiento, para acreditar que eran

pondía a un fin específico, no fue la misma recién inaugurada y habitada tan sólo por trece jóvenes en 1952, que aquella que fue abandonada por el Estado y que alojó a más de 70 personas en la década de los ochenta, no necesariamente estudiantes y no necesariamente duranguenses. De acuerdo con un reportaje de Jesús Sánchez Hermosillo, colaborador del diario *Impacto*, para marzo de 1967 la CED presentaba un deterioro físico considerable tanto en su estructura como en el mobiliario:

El viejo edificio que habitan desde hace más de catorce años está prácticamente en ruinas. La mitad de los diez cuartos están situados en lo que fueran sótanos. Los cielos y techos amenazan con caer, todos maltrechos. Las húmedas paredes no aceptan las pinturas con que los jóvenes tratan de remozarlas. El comedor amenaza con venirse abajo. En la cocina la improvisada parrilla de gas está desmoronándose y, como si esto fuera poco, para todos ellos no hay más que un solo baño, con una mala instalación de cañerías, que pese a todos los esfuerzos en asearlo produce mal olor e insalubridad.²⁵

En 1970, Gustavo Gómez tuvo una breve estancia en la CED. Sus palabras parecen ser el eco de la descripción ofrecida por Jesús Sánchez en la citada nota del *Impacto*: “¡Cuando yo llegué me aterró! Era una casa muy sombría, estaba muy fea [...] Me dieron un cuarto, dormía en el suelo sobre periódicos, mi almohada era mi pantalón enredado y a veces hasta los zapatos

duranguenses; carta de buena conducta del bachillerato, para defender la idea de que serían residentes disciplinados; certificado médico; carta de insolvencia económica, casi siempre emitida por el presidente de su municipalidad para constatar sus condiciones socioeconómicas precarias; solicitud de ingreso, dirigida a la CED para exponer los motivos por los que querían y debían ser aceptados; tres fotografías; constancia de inscripción en alguna institución de educación superior en la Ciudad de México, debía ser pública y, preferentemente, cursar carreras que no se impartieran en Durango; finalmente, constancia de certificado de preparatoria, para demostrar que eran buenos alumnos. Archivo de la Casa del Estudiante Duranguense (ACED), documentos sin clasificar.

²⁵ Jesús SÁNCHEZ HERMOSILLO, “La Casa del Estudiante Duranguense. 50 jóvenes viven en la miseria”, *Impacto* (8 de marzo de 1967), 43-45.

porque no hacían bulto”.²⁶ Calcula que en aquel entonces vivían en la Casa más de ochenta jóvenes, cantidad que complicó el acomodo en los cuartos que, sin ser tan amplios, debían dar alojamiento a más de seis inquilinos cada uno. Pese a lo anterior, Juan García Márquez comenta que “a la Casa se llegaba por lo económico, pero adentro de ella no se sufría”.²⁷ Como se anticipó, el estado físico de la vivienda se transformó con el paso del tiempo y, en consonancia con ello, las sensaciones que el lugar produjo en sus residentes fueron disímiles. Sin embargo, la diversidad de las impresiones, incluso entre los contemporáneos, no dependió tan sólo de las características materiales del inmueble, influyeron además, y de forma más determinante, las condiciones del entorno de procedencia.

En ese sentido, puesto que uno de los requisitos para ser aceptado como miembro de la CED era que se comprobara su insolvencia económica, la mayoría de los inquilinos eran de extracción humilde. Muchos de sus padres eran campesinos o ejercían algún oficio, situación que hace suponer que sus hogares eran modestos. Si bien ese hecho no basta para eximir las deficiencias de la Casa, lo cierto es que algunos de sus moradores disfrutaron de servicios con los que no contaban en sus comunidades, tales como agua, drenaje, luz o teléfono.

A pesar del hacinamiento que se experimentó desde la década de los setenta, las condiciones de la CED eran adecuadas para el desempeño académico. El respeto, la colaboración y la fraternidad, según refieren los informantes, fueron los pilares de la convivencia dentro y fuera del inmueble, el trato amable y respetuoso con vecinos y autoridades les evitó conflictos y posibles presiones externas. De ese modo, el reglamento interno fue la piedra angular para el funcionamiento de la Casa.

²⁶ Gómez Mendoza, Gustavo. Entrevista realizada por Misael Martínez Ranero, el 24 de junio de 2017 en Durango, Durango, México.

²⁷ García Márquez, Juan. Entrevista realizada por Misael Martínez Ranero, el 21 de junio de 2017 en Durango, Durango, México.

Cuidar el orden, tener un buen comportamiento y ser alumno regular eran compromisos que se adquirían y que debían cumplirse para conservar su lugar y para no contravenir la esencia de la CED. Empero, el reglamento no estuvo exento de omisiones. Había “dos o tres mariguanos” en la Casa y por lo menos dos personas —incluido el propio Gustavo Gómez, oriundo de Saltillo, Coahuila— no eran originarios de Durango. Aun así, a diferencia de lo ocurrido en otras CEP, el entorno de la Casa de los duranguenses no fomentó el desarrollo de prácticas ilícitas. Inclusive, coinciden los testimonios, las conductas negativas fueron casos aislados que se erradicaron con la expulsión de los habitantes problemáticos.

De acuerdo con Gustavo Gómez, otra tendencia que se mantuvo a través del tiempo fue el carácter apolítico de la CED. Se discutían algunos temas de la agenda social, cultural y política del país, pero no se involucraban como Casa en eventos públicos, aunque tampoco se les restringía su participación individual. Era más común que se reunieran para platicar y compartir conocimientos relacionados con sus respectivas carreras, lo cual, además de traducirse en charlas amenas e interesantes, servía para que los más versados resolvieran las dudas de quienes lo requerían.²⁸

Cuando la década de los años setenta terminó, se fueron con ella las raciones alimenticias, el pago de servicios básicos y otras concesiones que durante cerca de treinta años habían beneficiado a todos los que pasaron por la CED.²⁹ La Representación duranguense se desentendió de los compromisos que la ligaban con la Casa. Para ello utilizó el mismo argumento con el que las autoridades federales atacaron y desprestigiaron al resto de las CEP, esto es, sostener que los habitantes no

²⁸ Gómez Mendoza, entrevista citada.

²⁹ Durante su funcionamiento, las CEP estuvieron subsidiadas por el gobierno estatal, que les pagaba la renta, y por SSA, que las dotaba de raciones alimenticias y, en ocasiones, les costeaba el servicio de cocineras. Véase MARTÍNEZ RANERO, “Una expectativa, distintas experiencias”.

eran estudiantes y que aquellos espacios ya no tenían razón de ser. ¿Se trató de un pretexto de los funcionarios o fue una realidad en el interior de la CED? Los testimonios apuntan que se conjugaron ambas situaciones. Si bien la Casa no le rendía cuentas pormenorizadas a las autoridades y los procesos de aceptación, rechazo y expulsión corrían por cuenta de sus miembros, hay que recordar que un requisito insoslayable de ingreso en todas las CEP era el acreditarse como alumno regular de alguna institución pública de educación superior. De ese modo, puede inferirse que con la pérdida del apoyo gubernamental se disipó también el compromiso académico que los integrantes de la CED tenían con el sistema; el horizonte de sentido cobró así mayor relevancia.

Estábamos componiendo la reorganización de la Casa porque nos costó sangre, sudor y lágrimas en esa etapa. Fue complicado porque por ejemplo, otra regla era, una de las condiciones que tenía derecho a vivir ahí el que fuera estudiante, pero resulta que había unos ahí en la Casa que no eran estudiantes, por el simple hecho de venir de Durango se sentían con derecho, ya estaban trabajando y entonces era complicado porque los que llegábamos a vivir traíamos la idea de recomponer esto, de mejorar las condiciones de la Casa y mientras otros, aun siendo estudiantes, pues, ¿cómo se dice?, pues solapaban estas cosas digamos, o sea, se traían a sus paisanos: “¡sí, no hay bronca, pues qué tienen que pedirle permiso a ellos, aquí quédense!”.³⁰

Sin el subsidio del Estado se hizo conveniente aceptar un mayor número de personas en la Casa. Mientras más habitantes fueran, mayor sería el monto recaudado con las cuotas y menores serían las complicaciones para cubrir los gastos corrientes. De tal manera, quienes pugnaron por un adecuado funcionamiento de la CED debieron elegir entre enfrentarse con los moradores “incómodos” y prescindir de sus aportaciones

³⁰ Galindo Hernández, Arturo. Entrevista realizada por Misael Martínez Ranero, el 18 de abril de 2017 en Ciudad de México, México.

monetarias o aceptar a cualquiera, sin importar el perfil, siempre que sumara a la Casa. La decisión no fue sencilla, sobre todo porque, aun deseando expulsar del inmueble a los conflictivos, existían redes que los respaldaban cumplieran o no con los requisitos; el reglamento dejó de regir y el control pasó entonces a los grupos de poder. Los meses transcurrieron y la voluntad de algunos para cambiar el entorno de la Casa no fue suficiente para lograrlo. En palabras de Rubén Cárdenas, el periodo en el que arribó a la CED (1985) fue el de mayor desorganización:

No había ningún financiamiento, teníamos diablito para la luz, teníamos una toma clandestina de agua potable, el gas nos cooperábamos para comprarlo nosotros, la pintura de la Casa le dábamos su “chaine”, decíamos nosotros, y nos regalaba la pintura el Instituto Politécnico Nacional, entonces la Casa casi siempre estaba con un gran alacrán al frente, en donde está la barda de la cerrada, un alacrán que decía “Durango” y todo en guinda y blanco porque eran los colores del Poli, y pintábamos así la Casa, de blanco y guinda. Íbamos al departamento de la delegación del Distrito Federal y nos regaló un carrito con dos tambos que era donde teníamos la basura y todos los días sacábamos el carrito con la basura hasta la esquina para que pasara el servicio de limpia, pero lo que necesitábamos nosotros lo teníamos que hacer.³¹

El sismo del 85 presagió una nueva ruptura con las autoridades. Más allá del “gusto que le dio a la raza pues que la Casa nomás se movió, pero no se cayó”,³² el inmueble presentó serios daños y, a pesar de que obtuvieron el peritaje, el apoyo monetario que permitiría su restauración nunca llegó. Se convirtió así en una especie de círculo vicioso que comenzó con la desvinculación de las autoridades. A su vez, relajó el cumplimiento del reglamento interno e incidió en la disminución del número de

³¹ Cárdenas *Vázquez*, Rubén. Entrevista realizada por Misael Martínez Ranero, el 15 de junio de 2017 en Durango, Durango, México.

³² Galindo Hernández, entrevista citada.

estudiantes regulares en la Casa. Finalmente, mermó la posibilidad de presentar las demandas ante los órganos de gobierno a nombre de un colectivo netamente estudiantil: “¿quién las iba a pedir si el líder no estudiaba?, entonces estábamos muy mal representados, no había forma pues”,³³ Fue hasta finales de la década, en 1989, cuando finalmente se dio un paso decisivo para el devenir de la CED, positivamente hablando. Se realizó una especie de acuerdo en el que aquellos que no fueran estudiantes o quienes ya rebasaban el número de años que duraba su respectiva carrera debían abandonar la Casa:

Una asamblea en una ocasión se tomó la decisión de, “no pues, a partir de tal fecha deben de salir de la Casa del estudiante tales, porque no, no acreditan ser estudiantes y pues rompen la norma de aquí”. ¡Nombre!, pues ese día en la noche iban bajando cuatro por cuatro, “firmale este acuerdo, no se echen pa’ tras” [...] Entonces, seguimos un compromiso entre los que ya, a pesar de que no éramos conflictivos, ya no teníamos derecho a estar ahí y nos salimos, entonces fue como se salieron [los conflictivos]. Fue así que llegamos a esas condiciones.³⁴

De esa forma se logró una mayor organización, aunque las inconsistencias y complicaciones no desaparecieron del todo. En una carta escrita por los miembros de la CED en mayo de 1993 se destacó que durante cerca de quince años “los costos y los trabajos por concepto de pintura, mampostería, arreglo de sanitarios, tomas de agua, tinacos, instalación eléctrica, etc., han corrido por cuenta de los habitantes de esta casa”.³⁵ Por ello, y por los más de 40 años a cuestras, la Casa que recibió a José Luis Tamayo en 1994, seguía sin ofrecer una buena imagen:

³³ Cárdenas Vázquez, entrevista citada.

³⁴ Galindo Hernández, entrevista citada.

³⁵ ACED, H Casa del Estudiante Duranguense, “Informe Casa de Durango”, correspondencia personal, 1993.

La Casa, o sea, la arquitectura que tú alcanzas a ver en un Durango como este, es la misma que podías más o menos alcanzar a ver allá, tú pensabas que podía ser más o menos igual, una casa ¿no?, pero nunca te imaginas una casa de principios del siglo pasado con un pasillo y un semisótano, con cuartos verdaderamente oscuros y sin ventilación y así, pues no te la imaginas, ¿verdad? Cuando llegas lo ves y dices: “¡No le hace!, de todos modos aquí puedo”, ¿no? Ese olor lo tengo todavía aquí. Nada más recuerdo esos cuartos oscuros y recuerdo sus olores, recuerdo el olor mezclado de las galletas de animalitos o de *Marías* que a veces teníamos ahí en los cuartos. La alacena con sopas, con algún tomate, etcétera. Todos esos olores mezclados en el pequeño cuarto, la cama destendida porque pues en la mañana a veces te levantabas a todo lo que da a entrar a las siete, entonces el olor de esa ropa sucia, de la cama sin hacer, todos esos olores mezclados en esos cuartitos nunca se me van a olvidar, ¡nunca!³⁶

Los recuerdos que José Luis tiene sobre la Casa y sus compañeros denotan un hondo aprecio y un sincero agradecimiento. No obstante, esto no evita que critique algunas conductas y las malas costumbres que complicaban estudiar: “Era muy difícil convivir con 18 o 20 cabrones, todos ahí, había ruido por todos lados, a todas horas y eso dificultaba concentrarse”.³⁷ Curiosamente, un contemporáneo de él en la CED, Francisco Ortiz Navarro, comenta que el entorno sí era favorable para el desempeño académico, aunque matiza:

Había que tener tolerancia porque buena iluminación pues no había en los cuartos; silencio, pues quizás en la mañana cuando estábamos todos en la escuela, pero cuando llegaba el de Rojas [localidad de Durango], él ponía su música así desde la tarde a todo volumen hasta que tuvimos que hablar con él para que le bajara

³⁶Tamayo, entrevista citada.

³⁷Ibíd.

porque, quisieras o no, te chutabas todas las canciones de banda, no porque no te gustara la banda pero, ¡¿oírla diario...?! Y luego había un amigo mío, que él los viernes en la tarde, cuando empezaba a tomar, se ponía su gorra y cuando ya lo veías con la gorra él tomando duraba todo el fin de semana completo y a veces entraba a tu cuarto a las tres de la mañana para decirte: “¿¡eh, compa, cómo está!?”, y te abrazaba y luego se llevaba la mano a la gorra y contigo abrazado, veinte minutos después decía: “mis respetos para usted”; y tú: “¡oye fíjate que mañana es fin de semana!”, y veinte minutos después de silencio: “mis respetos para usted” y “mis respetos para usted” era el fin de semana completo. Entonces había que aguantar vara de que no estabas solo.³⁸

Con todo, el entorno de la CED difícilmente provocó que algún miembro abandonara sus estudios, inclusive durante los periodos más complicados. De hecho, comenta Jorge Campos Murillo, la Casa “fue la diferencia para hacer la diferencia”, ya fuera para obtener una carrera o bien, como en su caso, para “desmarcarse” de otros profesionistas.³⁹ Da la impresión de que el apego al reglamento interno propició que todas las cuestiones negativas acaecidas en la CED fueran eventos aislados, prácticas individuales fáciles de erradicar, o por lo menos, esa es la Casa que los ex habitantes desean recordar.

Los muros de la CED resguardaron las ilusiones de una importante cantidad de jóvenes duranguenses que apostaron por la profesionalización. Las condiciones internas y externas se modificaron a través del tiempo, y con ellas, se modificaron también la convivencia, las conductas, las reglas y el ambiente en general. La relación con las autoridades fue una de las principales condicionantes para el funcionamiento de la Casa, sobre todo en términos de conveniencia y comodidad. A pesar

³⁸ Ortiz Navarro, Francisco. Entrevista realizada por Misael Martínez Ranero, el 20 de junio de 2017 en Durango, Durango, México.

³⁹ Campos Murillo, Jorge. Entrevista realizada por Misael Martínez Ranero, el 21 de junio de 2017 en Durango, Durango, México.

de todas las variantes, la finalidad de la Casa no se vio trastocada sustancialmente, “los chavos iban a lo suyo”, a estudiar.⁴⁰

IDENTIDAD COLECTIVA: NORTEÑOS SOMOS Y EN LA CIUDAD ANDAMOS

La identidad se debate entre ser una construcción social o una elección personal que, pese al influjo del contexto, no se encuentra determinada como parte de un destino ya dado. No obstante, puesto que la agencia está supeditada a las “opciones reales”, la selección de la identidad se ve limitada por las circunstancias personales y sociales, por la historia.⁴¹ De manera esquemática, la identidad termina por ser una imagen que construimos, que presentamos y que memoramos, una idea que generamos sobre nosotros mismos y que deseamos defender de manera casi sistemática en contraposición al “otro”, a lo que no somos o no estamos dispuestos a ser.⁴²

En general, puede sostenerse que fueron más las continuidades que las rupturas en el interior de la Casa. Más allá de las alteraciones provocadas por el distanciamiento con las autoridades, los miembros se mantuvieron dentro de una línea de cordialidad, lo que a la postre contribuyó a la preservación de la CED. En efecto, esa cordialidad, traducida en la ya mencionada apatía política, fue un rasgo distintivo de las juventudes

⁴⁰ Ortiz Navarro, entrevista citada.

⁴¹ José Francisco ZÁRATE ORTIZ, “La identidad como construcción social desde la propuesta de Charles Taylor”, *Eidos. Revista de filosofía de la Universidad del Norte*, 23 (2015), 123.

⁴² Según Michael Pollak, la memoria es selectiva, es decir, está en función de las preocupaciones e intereses del momento, no puede quedar todo registrado, pero sí aquello que resulta más significativo, ya sea para el individuo o para la colectividad. La memoria también debe ser entendida como un fenómeno construido, el cual a su vez constituye al sentimiento de identidad. Michael POLLAK, “Memoria e identidad social”, *Estudios Históricos*, 10 (1992), 38.

duranguenas que, en palabras de René Rivas Ontiveros, “históricamente se han caracterizado por ser acriticas y por estar estrechamente vinculadas a la cultura política priista”.⁴³ Pese a todo, la CED no fue solamente un espacio que le proporcionó techo y comida a sus integrantes, fue también un refugio contra el desarraigo de aquello que los hacía sentirse duranguenses. Huelga decir que los jóvenes no arribaron al Distrito Federal carentes de identidad, pero ésta debió ajustarse en función de las dinámicas con los compañeros, de las especificidades del tiempo y del influjo de la ciudad. De tal suerte, aunado al gran apoyo que significó su estadía en la Casa, financieramente hablando, la cerrada de la tercera de Cedro número 10 permitió que sus habitantes conservaran e inclusive fomentaran su regionalismo, expresado principalmente en la manera de comer, de vestir, de hablar y de divertirse.

Conviene aquí distinguir entre dos “niveles de regionalismo” que solían poner de manifiesto los inquilinos: el primero sería un regionalismo estatal y el segundo correspondería a un regionalismo municipal o local. Desde luego que no puede dejarse de lado el peso de la Ciudad de México en la autointerpretación y en la interpretación de su mundo, pero precisamente la CED fue la que les permitió distinguir un “nosotros” de un “otros”.

Bueno, pues a mí simplemente me ayudó a completar mi formación profesional ¿no?, o sea, seguramente hubiera sido muy complicado si no me voy a vivir ahí, tendría que haber, hubiera sido más complicado, desde el punto de vista económico. Y bueno, pues la parte buena también que uno busca pues es el asunto de identidad, estar con los paisanos porque a lo mejor se desarraiga uno, hay ese riesgo, pierde muchas cosas cuando se meten otras si no las estás recordando, repasando, viviendo, conviviendo, compartiendo, pues

⁴³ José René RIVAS ONTIVEROS, “El 66 duranguense: de la ilusión y la movilización popular a la manipulación y el engaño”, en *Los años 60 en México: la década que quisimos tanto*, coordinado por René RIVAS ONTIVEROS (México: UNAM-Gernika, 2018), 99.

de repente un día, como dicen, me parece que hasta un símbolo interno son hasta los hablados ¿no? O sea, yo así lo considero, hay que conservar, sus orígenes no los debe uno dejar, hay que reconocer eso, revalorar, a lo mejor cuando uno está así es cuando revaloras muchas cosas que no las entiendes si no están este tipo de situaciones ¿no?, yo creo, o sea, seguramente ahí algunas cosas no las hubiera pues reconocido digamos, valorado si no estuviese en ese grupo, en esa colectividad.⁴⁴

Para Rubén Cárdenas, la Casa era “la identidad total, la de Durango era un pedazo del estado, en las borracheras, en el corrido de Durango, en las fiestas que se organizaban, era como la embajada de Durango, increíble la defensa del estado [...] era un arraigo bárbaro, nunca lo imaginé”.⁴⁵ Algunas palabras muy de la región, el acento norteño, las botas y la camisa vaquera fueron elementos distintivos de quienes habitaron en la CED, aunque no por ello deba pensarse que todos entran en el estereotipo ni mucho menos, como se construyó en el imaginario de algunos vecinos, puedan estigmatizarse como jóvenes del norte, “bravos, peleoneros, con sombrero y con pistola”.⁴⁶

Es verdad que la opinión que se generaba “desde afuera” de la Casa podía estar llena de prejuicios, pero en general no se tenía una imagen negativa de los duranguenses; aunque no por ello dejaran de ser llamativas algunas expresiones culturales que resultaban ajenas para los capitalinos:

Para mí fue muy bonito una fiesta que ellos hicieron en una ocasión que quisieron llevar una banda de música de aquí, de Durango, yo me sorprendí por el tipo de música que nunca la había oído, esas bandas allá en el DF pues no se escuchan, y yo dije: “¡no, están pasaseando!”, y no, ya después me di cuenta que es la música de aquí, fue ahora sí que, de improvisto, llegaron con la banda de aquí y nos

⁴⁴ Galindo Hernández, entrevista citada.

⁴⁵ Cárdenas Vázquez, entrevista citada.

⁴⁶ Amílcar Nevárez Fernández, en conversación con el autor, varias fechas.

sorprendió bastante a todas las chicas que andábamos con muchachos de ahí de la Casa.⁴⁷

A diferencia de lo que ocurrió en otras CEP, con base en las indagaciones, en la Casa de Durango no se presentaron disputas por el poder o por el control de ésta fundamentadas en un regionalismo local.⁴⁸ Si bien es cierto que se “hacían bolitas” y que hubo roce y hasta riñas entre los de la ciudad de Durango con los de otras municipalidades, la convivencia en el interior de la CED siempre fue buena. Según sugiere Arturo Galindo:

Entonces la convivencia entera sobre todo se daba por los municipios, pero también de repente se integraban otros, entonces lo que le digo, unos salían más que otros, otros estaban, tendían mucho a estar encerrados ahí, o sea como que reproducíamos el pueblo ahí mismo, desde los hábitos de, ¿cómo se llama?, los hábitos de comportarse, de hablar, hasta de cocinar y salir poco a veces. Y ahí me acuerdo que había un paisano que tenía su sombrero y se iba, como que le gustaba pasear pero con su sombrero, entonces, eran cosas de estilo.⁴⁹

En el periodo que permaneció José Luis Rojo en la Casa (1974-1979) existió una costumbre que aparentemente no se extendió hacia otras etapas. Él recuerda: “Le decíamos ‘los chatos’ a los de los pueblos, porque ellos se juntaban a parte y no nos aceptaban. Nosotros hacíamos nuestro grupito de puro de la ciudad de Durango y ellos nos decían ‘los catrines’ o no

⁴⁷ Sánchez, María Cristina. Entrevista realizada por Misael Martínez Ranero, el 19 de junio de 2017 en Durango, Durango, México.

⁴⁸ Se sabe al menos que en la Casa del Estudiante Chiapaneco, en la Casa del Estudiante Guerrerense y en la Casa del Estudiante Oaxaqueño sí existieron grupos de poder representativos de alguna municipalidad o región que actuaron en beneficio propio y no necesariamente de la colectividad. En el caso de la de Chiapas, la organización interna se fragmentó luego de un pleito entre estudiantes de la costa con estudiantes de los altos chiapanecos. Véase Amir GÓMEZ LEÓN, *Vida de estudiantes*, (México: Conaculta, 2008), 117.

⁴⁹ Galindo Hernández, entrevista citada.

sé, algo despectivo, aunque nunca lo tomé en cuenta porque era como de broma”.⁵⁰ Llama la atención que más de un informante mencionan que, a pesar de las rivalidades internas, había unidad contra “los de afuera”. Lo curioso es que esa supuesta amenaza externa parece no tener nombre propio, ¿se trataba de los vecinos, de los miembros de otras CEP o acaso de las autoridades?

Las proporciones variaron con el tiempo, pero casi en todo momento hubo un predominio, numéricamente hablando, de los oriundos de la capital del estado. Vicente Guerrero fue otra de las municipalidades que contó con una cantidad importante de inquilinos en la CED, incluso, apunta Pedro Zapata, que un porcentaje elevado de profesionistas de ese municipio pasaron por la Casa en los años setenta y ochenta.⁵¹ Aunque se comenta que nunca se sacó provecho ni se abusó de los cargos internos, las elecciones de los dirigentes fueron ganadas por aquellas localidades que tenían mayor representatividad. Después de todo, ni siquiera el regionalismo pudo imponerse a la idea de unidad que permeó en la CED.

Por su parte, pese a no vivir con holgura, compartir los alimentos era un acto inequívoco de fraternidad, sobre todo tras la suspensión del subsidio. Así lo expresa Francisco Ortiz Navarro:

Yo recuerdo muy bien estar jugando dominó con cuatro de los compañeros y estar apostando la cena del día, entonces eran las partidas de tu vida porque si perdías había que *pichar* la cena a los cuatro. De pronto, alguien que trabajaba en Sabritas decía: “Oigan, me regalaron una caja de cacahuates”, de esta bolsita roja;

⁵⁰ Rojo, José Luis. Entrevista realizada por Misael Martínez Ranero, el 16 de junio de 2017 en Durango, Durango, México. Estos motes no fueron aludidos por el resto de los entrevistados; sólo Gustavo Gómez, que llegó en 1970 a la Casa, menciona que en aquel entonces se les decía “los topos” a quienes vivían en los cuartos del sótano y “las águilas” a los que habitaban en los cuartos del nivel superior. Gómez Mendoza, entrevista citada.

⁵¹ Zapata Solano, Pedro. Entrevista realizada por Misael Martínez Ranero, el 24 de junio de 2017 en Durango, Durango, México.

entonces le regalaron una caja y duraron como unas tres semanas para que se acabaran; todos comiendo cacahuates hasta que no pudimos más. O llegaban los de Villa Unión o de Vicente Guerrero con costales de chile ancho a compartirlos entre todos; o los de Santiago, que a veces llevaban queso; había ganas de compartir.⁵²

José Luis Tamayo abona a lo antes comentado: “A veces no tenía uno qué comer y: ‘¡Ahí te va el tomate, cabrón! Con el huevito que tienes ahí pues hazte un huevo, ya nomás le pones el tomate y sal’. O ‘¿Qué tienes tú?’. ‘No, pues yo no, tengo nada ahorita, pero ahí está el costal de nueces, ¡llégale!’”.⁵³ No hay que olvidar que al coincidir en la CED no sólo compartían el gentilicio, eran estudiantes universitarios, eran de un estrato social bajo, estaban lejos de su hogar y tenían dudas y temores.⁵⁴ En suma, “era gente que estaba pasando lo mismo que tú”, lo cual explica la empatía y escenas como la siguiente:

Todos los que llegamos a esa Casa pasamos más o menos por lo mismo, te agüitas y los recuerdos de la gente querida que dejas hacen que se apachurre el corazón, que sientes un vacío en el alma y que inevitablemente ese vacío se llene de tristeza. Y yo recuerdo que, cuando eso pasaba, por ejemplo, recuerdo una vez que me subí a la azotea, hay una escalera de caracol ahí, me subí a la escalera y no alcancé a subir y ya iba llorando, y apenas subo y me hago a un costado de la escalera y me echo a llorar ahí, pensé que estaba a salvo, que nadie me estaba viendo ni oyendo. No tardó mucho cuando, sin darme cuenta, ya tenía aquí a Julio, un cuate de Santiago Papasquiario, y ni me dijo nada, nomás me abrazó y

⁵² Ortiz Navarro, entrevista citada.

⁵³ Tamayo, entrevista citada.

⁵⁴ A todos estos rasgos compartidos debe añadirse que, hasta los primeros años del siglo XXI, sólo se aceptaban varones en la CED, por lo tanto, las dinámicas de convivencia tenían un marcado componente de masculinidad. Más allá de la importancia de dicho aspecto para las interacciones y la conformación de una identidad colectiva, este texto prescinde del enfoque de género porque no es un elemento referido por los informantes.

me dice: “tranquilo, tranquilo no pasa nada, vas a estar bien, nada más acuérdate que estás aquí porque tú quieres”, ¡no!, una cosa maravillosa, le agarras un amor a esa persona, me abrazó, me hizo fuerte, lloró conmigo un rato [...].⁵⁵

Precisamente ese tipo de experiencias fomentaron que algunos desarrollaran valores personales que les permitieron vivir en colectivo, tales como el respeto, la tolerancia y la paciencia. Sobreponerse a los problemas económicos, de salud, de alimentación, a la falta de privacidad, etc., fueron desafíos que no todos superaron, pero que invariablemente a todos dejó marcados. De acuerdo con Miguel Ángel Navarrete, los residentes de la Casa se adscribieron a la cultura del esfuerzo, incluso antes de llegar, y ese era uno de los elementos primordiales de su identidad:

Hay una unidad bastante fuerte, una identidad bastante fuerte, bastante consolidada, porque todos los estudiantes que se van de aquí, de Durango para el DF, pues ya llegan ellos preparados tanto psicológicamente, para hacerle frente a la situación, ¿no? Entonces, se unen como duranguenses y ya sea que subrayen su propia identidad o la acrecienten.⁵⁶

Sin embargo, lo calculado no siempre corresponde con la realidad, y aunque la Ciudad de México fuera la misma y en la CED se alentara a todos los inquilinos, la adaptación al nuevo entorno era un proceso individual:

Se aprenden muchas cosas, esas etapas ahí donde vives la necesidad, donde a veces te quedas sin camisa, porque la tuviste que empeñar para comer, donde te quedabas sin comer para ahorrar para el boleto del Metro que costaba un peso, donde aprendiste a

⁵⁵ Tamayo, entrevista citada.

⁵⁶ Navarrete, Miguel Ángel. Entrevista realizada por Misael Martínez Rarero, el 17 de junio de 2017 en Durango, Durango, México.

quitarte miedos porque llegas de provincia con botas del norte, y vas sonando por la banqueta y todo mundo te ve raro ¿no?, con una camisa vaquera, y no te acostumbras a esa ciudad, pues vencer esos miedos es todo un reto y te curten en la vida [...] Yo me acuerdo que llegué a la Casa y la primera vez tuve que ir en compañía al Metro y tardé una semana sin salir de la Casa pues porque me daba miedo abordar el tren, el Metro, se abre la puerta y salía la gente y decía yo: “¡pues qué hago!”, ¿no?, y parece que te iban a golpear o algo, no soportaba gente que caminara detrás de mí, eran tiempos de una ciudad muy peligrosa. Y todas esas cosas que vas de acá joven o chavo, decimos acá “sin destetarnos” todavía, entonces es un enfrentamiento, un choque si tú quieres hasta cultural, de provincia llegar a la ciudad, pero después de eso si tú sales a salvo, eres otra persona.⁵⁷

El mismo Rubén narra cómo fue que algunos de sus compañeros no pudieron con el peso de la ciudad. Aun así, los entrevistados coinciden en que vivir en la Casa es una experiencia que te cambia desde lo más elemental. Desde tener que modificar los hábitos cotidianos y atender los quehaceres domésticos como lavar y tender la ropa, asear la habitación, malcomer, enfermarse y que los médicos fueran tus compañeros, hasta situaciones más extremas:

Tenías que lavar y sentarte en una silla en el tendedero porque alguien te podía robar tu camisa, entonces es supervivencia ¿no?, cuidar tu comida porque si no desaparecía, si tenías un radiecito más o menos, al rato estaba en el cuarto 7 u 8 y ya en una semana no lo encontrabas porque ya le gustaba a otros, era una jungla en aquel tiempo.⁵⁸

Como sugiere Rubén Cárdenas, las condiciones de la CED dependieron del periodo en que se alojaron. Algunos fueron

⁵⁷ Cárdenas Vázquez, entrevista citada.

⁵⁸ *Ibíd.*

más complicados que otros, pero en todo momento se fomentó el desarrollo de valores personales como parte de un proceso de madurez, el cual se conjugó con la formación académica para ser piezas claves del éxito profesional de los entrevistados. Sus experiencias en la Casa no modificaron sus expectativas, pero fueron fundamentales para concretar sus proyectos de vida y ser lo que son en la actualidad.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

¿Es posible que una casa se convierta en la extensión de un estado? Los elementos encontrados en este estudio de caso no son suficientes para responder afirmativamente a tal interrogante. Tras adentrarnos en la Casa del Estudiante Duranguense mediante las vivencias de algunos de sus ex moradores puede sostenerse que la trascendencia del inmueble recayó en su finalidad antes que en su esencia. Es decir, la Casa fungió como un espacio posibilitador y sus instalaciones, los servicios domésticos que proporcionaba y los usos y costumbres de sus habitantes fueron aspectos anecdóticos que condicionaron mas no determinaron la estadía.

Evidentemente, tanto las condiciones físicas del edificio como las prácticas y la convivencia diaria fueron factores mudables que, acorde con el momento, facilitaron o complicaron la estancia de los duranguenses en la capital del país. No obstante, aun en las etapas más sombrías, la CED constituyó la única oportunidad de continuar con la formación académica para una juventud menesterosa que vio en la profesionalización el camino hacia el ascenso socioeconómico. De tal suerte, ni la humedad de las paredes, ni las goteras de los cuartos, ni siquiera el hacinamiento bastaron para que aquellos jóvenes claudicaran en sus aspiraciones. Por el contrario, da la impresión de que la

adversidad no les era ajena y contaban con la camaradería y con la transposición de algunas costumbres para hacer más llevadero el desarraigo. Inclusive, tradiciones como la *discada* fueron y continúan siendo el pretexto idóneo para reunir a todos los miembros de la Casa y disfrutar hasta altas horas de la noche.

Siguiendo a Koselleck, si se identifican las experiencias repetitivas pueden rastrearse las estructuras históricas de la CED.⁵⁹ En este caso, con base en la revisión puede enunciarse que el cumplimiento del reglamento interno, el orgullo regional, la solidaridad y el empeño por superarse personal y profesionalmente son parte esencial de esas estructuras. Aunque no debe olvidarse que esas experiencias son rememoradas y resignificadas desde el hoy y que oscilan entre lo que quisieron hacer, lo que creyeron hacer, lo que hicieron y lo que ahora piensan que hicieron; pero es esa subjetividad del hablante un elemento único y valioso, máxime cuando la verdad personal coincide con la imaginación colectiva.⁶⁰

Así, este “pedazo de Durango” en la capital que abrió sus puertas cuando mediaba el siglo XX se compaginó con las ofertas de un Estado benefactor que requería personal calificado para cubrir los nuevos puestos de un país en vías de desarrollo.⁶¹ Empero, el horizonte de sentido de aquellas generaciones provincianas que colmaron las universidades del entonces Distrito Federal se vio truncado por un gobierno federal que el 28 de febrero de 1980, mediante un decreto oficial, puso fin a las

⁵⁹ Véase KOSELLECK, *Futuro pasado*.

⁶⁰ Alessandro PORTELLI, “Peculiaridades de la Historia Oral” *Christus*, 616 (1988), 35-44.

⁶¹ Para Sol Arguedas “decir Estado de bienestar equivale a decir fortalecimiento del poder adquisitivo del salario y ampliación del mercado consumidor, en sentido económico; a decir democracia representativa avanzada —no obstante el fuerte corporativismo que lo caracteriza—, en sentido político; equivale también a decir aumento sensible de la seguridad social y ensanchamiento y complejidad de las capas medias, en sentidos social y sociológico; y a decir intento de solidaridad humana, en sentido moral”. Sol ARGUEDAS, *El Estado benefactor: ¿Fenómeno cíclico?* (México: Mundo, 1988), 21.

Casas de Estudiantes de Provincia que durante más de tres décadas había creado.⁶²

Al respecto, de acuerdo con la información recabada, la apatía política característica de la sociedad duranguense fue en buena medida la que permitió la subsistencia de la CED, que, si bien dejó de contar con los apoyos de los gobiernos federal y estatal, no entró en una confrontación directa que la hubiese hecho objeto de censura. Después de todo, esa Casa es un espacio posibilitador, un espacio de experiencia del que los jóvenes se apropiaron y desde donde partieron rumbo a su horizonte de expectativa, pero también, fue un espacio que les permitió seguir siendo duranguenses en la Ciudad de México.

ARCHIVOS CONSULTADOS

AGN, Archivo General de la Nación, México: Secretaría de Gobernación-Investigaciones Políticas y Sociales

AHSS, Archivo Histórico de la Secretaría de Salud, México: Secretaría de Salubridad y Asistencia

ACED, Archivo de la Casa del Estudiante Duranguense (Documentos sin clasificar).

⁶² Archivo General de la Nación (AGN), fondo SEGOB-IPS, caja 1738-B, exp. 10, “El Consejo Nacional de Casas de Estudiantes de Provincia, hizo hoy a través de José Luis Hernández, activista de ese organismo y alumno de la Prepa Popular de Tacuba, un análisis sobre la situación de los educandos radicados en esta capital y exhortó a formar comités de becarios en cada escuela para preparar una movilización que los conduzca a la solución de sus problemas, lo anterior ocurrió durante una asamblea en la vocacional no. 6”, México, 7 de mayo de 1980, f. 104.

HEMEROGRAFÍA

El Informador, 1978, Guadalajara

El Siglo de Durango, 2005, Durango.

El Universal: el gran diario de México, 1976, Ciudad de México.